

V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009.

La salida al desencantamiento del mundo en Nietzsche y Weber.

Chuca, Alejandro.

Cita:

Chuca, Alejandro (2009). *La salida al desencantamiento del mundo en Nietzsche y Weber*. V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-089/258>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ezpV/t5Z>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La salida al desencantamiento del mundo en Nietzsche y Weber.

Un análisis del Excurso desde la crítica a la metafísica occidental de Nietzsche.

Alejandro Chuca¹
alejandrochuca@hotmail.com

*Hay épocas en donde el hombre racional y el hombre intuitivo andan juntos,
uno angustiado ante la intuición, el otro burlándose de la abstracción;
tan irracional el ultimo como tan poco artista el primero.*
Friedrich Nietzsche. “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”.

Resumen

Las ilusiones metafísicas atravesaron la historia del pensamiento, y aunque a veces desde las sombras, han tenido su indudable importancia en el desarrollo histórico y concreto de la humanidad.

En el presente trabajo buscaré demostrar como algunas de las ilusiones metafísicas occidentales se convirtieron en esenciales para los procesos de racionalización que vivió occidente impulsado por el capitalismo moderno. Tomando al filósofo alemán Friedrich Nietzsche voy a exponer cuales son estas ilusiones metafísicas que habitan en el razonamiento cotidiano de los hombres occidentales, funcionando sin trabas y con naturalidad en el desarrollo de su vida. Luego, siguiendo a Max Weber demostraré como las ilusiones metafísicas propias de occidente fueron elementales para los procesos de racionalización que se dieron a partir del siglo XVIII, prestando puntual atención en cada una de las esferas y sus desarrollos intrínsecos.

A posteriori enunciaré sintéticamente como levadas al exceso estas ilusiones enfriaron y secaron al mundo y su sentido, para luego si poder enunciar cuales son las posibles salidas al desencantamiento del mundo en Nietzsche y Weber.

Ensueños de este lado del mundo: la metafísica occidental criticada por Nietzsche.

La crítica a la metafísica occidental tradicional que realiza Nietzsche radica en cuestionar los aspectos racionalizadores del mundo. Nietzsche critica varios aspectos de la metafísica occidental como lo son concebir al mundo como un cosmos, la idea de

¹ Estudiante de la Carrera de Sociología. Facultad de Ciencias Social. Universidad de Buenos Aires.

concepto como forma de abarcar la realidad, la fe en el lenguaje como expresión del conocimiento verdadero, la igualación de las cosas, el ordenamiento del mundo en leyes y sistemas, entre otros.

En su obra “El crepúsculo de los ídolos” Nietzsche ubica el nacimiento de la metafísica occidental tradicional en la figura de Sócrates, reconociendo en él la primera figura que da inicio a esta concepción metafísica particular sobre el mundo. Como sabemos, anterior a la figura de Sócrates y en contraposición a él, se suele ubicar a los filósofos sofistas. Estos filósofos consideraban la imposibilidad del conocimiento objetivo, si no que este es relativo y subjetivo, basando sus verdades y la imposición de esta mediante el uso de la persuasión y del discurso elegante para convencer al público. Pero por su parte, Sócrates cree y así expresan los diálogos platónicos posteriores, en la razón como posibilidad de alcanzar conocimientos verdaderos. Busca constantemente encontrar mediante la razón y el argumentar coherente para cada concepto (como justicia, valentía, belleza, etc.) lo que hay de común en todos los actos a los que se le adjudica el concepto para así lograr definir el mismo, mas allá de lo particular y relativo de cada situación.

En su intento de derrumbar monumentos filosóficos, es al seno de la idea de concepto donde Nietzsche va a atacar para hacer sucumbir la metafísica occidental. Por esto, hábilmente bien critica a Sócrates considerado una de las figuras filosóficas más importantes que marcaron la tradición de esta disciplina hasta nuestros días. Aunque sabemos que la figura de Sócrates aparece a su vez como figura histórica y también, como icono y representante de la razón, en donde a la vez que Nietzsche lo critica a él, critica a su vez a los filósofos occidentales que se enamoraron de la razón posteriormente.

En el siguiente párrafo Nietzsche expresa parte de su crítica:

Cuando se necesita convertir la razón en un tirano, como hizo Sócrates, tiene que ser no pequeño el peligro de que otra cosa distinta haga de tirana. La racionalidad fue adivinada entonces como salvadora, ni Sócrates ni sus “enfermos” eran libres de ser o no ser racionales: era de rigueur, era su último recurso. (Nietzsche; 2006,54)

Ante la tiranía de los sentidos y de la retórica existente en la Grecia presocrática, Sócrates establece la tiranía de la razón. Aparece esta como la forma de pensar el mundo y de alcanzar la virtud y felicidad por este camino.

El moralismo de los filósofos griegos desde Platón tiene causas patológicas; lo mismo sucede con su estimación de la dialéctica. Razón=virtud=felicidad significa meramente: hay que hacer como Sócrates y establecer contra los apetitos oscuros una luz diurna permanente, la luz diurna de la razón. Hay que ser prudente, claro, lúdico a cualquier precio: toda concesión a los instintos, a lo inconsciente, lleva hacia abajo...(Nietzsche; 2006, 54)

La razón se va convirtiendo en un modo de vivir, en un instrumento por el cual mediante ella se alcanza, no solo el conocimiento, si no también una vida de virtud y felicidad. La razón trasciende aquí las matemáticas o la lógica, para ser también una forma de vida, un estilo de vida que se debe llevar a cabo. La fórmula razón=virtud=felicidad bien sintetiza este “mandamiento” de vida.

A su vez, la “luz diurna” viene a iluminar el mundo oscuro de los instintos y sentidos, es la luz que traerá lo verdadero, el mundo ordenado y coherente que busca la metafísica occidental tradicional.

Podemos ir observando ya dilucidar que hay una dualidad de mundos planteada: el “mundo verdadero” y el “mundo aparente”. Con ironía Nietzsche describe el mundo verdadero y sus premisas:

Tiene que haber una apariencia, una estafa, en el hecho de que no percibamos el ente: ¿Dónde está el estafador?” “Ya lo tenemos”, gritan felicités, “¡es la sensibilidad! Estos sentidos, que por lo demás son también tan inmorales nos engañan sobre el mundo verdadero. Moraleja: librarse del engaño de los sentidos, del devenir, de la ciencia histórica, de la mentira; la ciencia histórica no es más que fe en los sentidos, fe en la mentira. (Nietzsche; 2006, 57-58)

El mundo aparente es el mundo de los engaños de los sentidos. Los sentidos demuestran el cambio, el “devenir de la ciencia histórica”, y van en contra del mundo ordenado y estático que presenta la razón. La razón tiene que ser el arma que nos liberará de este engaño constante al que nos someten los sentidos, hay que anularnos para superarlos y valerse solo de la razón, esto expresa fuertemente la metafísica occidental tradicional.

¿Pero mediante que artilugios de la razón es posible ordenar el mundo y considerarlo un cosmos y no un caos? ¿Qué ilusiones nos atrapan como para ver las cosas como iguales en un mundo diverso?

Nietzsche considera a la realidad como diversa, caótica y en continuo cambio. Por esta razón se pregunta que ha ocurrido como para sumergirse en la ilusión del orden y de la igualdad.

Hay varias ilusiones metafísicas que constituyen a la metafísica occidental tradicional que permitieron dar lugar a esos pensamientos.

Una de estas ilusiones es la idea del concepto y su relación estrecha y complementaria con el lenguaje.

Pensemos en particular en la formación de los conceptos. Toda palabra se convierte en un concepto tan pronto como deja de servir para recordar la experiencia única, totalmente individual a lo que debe su aparición, y sin embargo debe ajustarse a innumerables casos mas o menos parecidos, en sentido estrictos nunca iguales, es decir solo desiguales. Todo concepto surge mediante la igualación de lo no igual. (Nietzsche; 2008, 32)

La creencia en los conceptos esta sostenida en la creencia primera de considerar que existen cosas que son iguales entre si. La funcionalidad del concepto es posible solo si se realiza la abstracción de las particularidades de cada cosa para observar lo “igual” en cada una de estas. Se debe, considerar a demás, que la cosa o suceso designado en un concepto permanece inmutable e inmodificable durante el paso del tiempo, congelando la realidad, la cual es para Nietzsche un continuo cambio. Estos procedimientos aparecen como ocultos en la metafísica occidental postsocrática, en donde no es aclarada la realización de este proceso mental de abstracción e imputación conceptual. Por esto, Nietzsche primeramente, plantea que en el mundo no hay dos cosas iguales, supuesto que le permite luego criticar la idea de concepto y de la igualdad. Lo particular, único y diferente de cada hecho lo hace ser individualmente distinto e irrepetible a otro. Los sentidos y las experiencias únicas ante cada circunstancia no nos permitirían decir que hay dos sucesos iguales. Ninguna mirada atenta y profunda desde los sentidos resiste el desafío imposible de la igualación de lo distinto.

Tomando este supuesto de la realidad como lugar de lo distinto entre si e inigualable, es que se puede hablar de la abstracción y de la ilusión para crear un concepto, que no es parte emergente de la realidad, si no creación humana pura.

Un concepto es una invención a la que nada corresponde exactamente, pero a la que muchas cosas se parecen. La proposición “dos cosas son iguales a una tercera son iguales entre si” supone la existencia de cosas y la de la igualdad, pues bien, ni la una ni las otras existen. (Savater; 2003, 77) ²

² El fragmento pertenece a Nietzsche y pertenece al libro “La voluntad de poder”, pero Savater no indica la pagina de donde extrae el fragmento.

La posibilidad de hacer uso de la invención “concepto” alcanza su culminación en su combinación fraternal e inesperable con el lenguaje. El lenguaje que es una sucesión continua de conceptos que designan cosas en cada palabra, que no son iguales entre si, es la trampa que permite abundar y sostener la ilusión de que el lenguaje y el mundo son una misma cosa.

“Como durante largos lapsos de tiempo el hombre ha creído en los conceptos y nombres de las cosas como en aeternae veritates (verdades eternas), ha hecho suyo ese orgullo con que se elevaba por encima del animal: suponía tener efectivamente en el lenguaje el conocimiento del mundo. El artificio del lenguaje a las cosas precisamente mas que designaciones, si no que mas bien se figuraba expresar el saber supremo sobre las cosas; el lenguaje es en realidad el primer peldaño en el esfuerzo por la ciencia.” (Nietzsche; 1996, 47)

La relación realidad=concepto y concepto=palabra es el camino directo por el cual se llega a la ilusión de tener en el lenguaje la forma de alcanzar el conocimiento del mundo. La realidad no queda agotada en el lenguaje, es decir en lo conceptual, pero si el hombre ha tenido la ilusión de que eso es así. La realidad adquiere otra riqueza y diversidad que no es posible encontrar en el lenguaje, ni en el concepto, que se encuentran encerrados en la lógica de simplificar e igualar constantemente lo que no es igual.

“... sin embargo, acá y allá nos damos cuenta y nos reímos del hecho de que la mejor ciencia sea precisamente la que mas quiere retenernos dentro de este mundo simplificado, completamente artificial , debidamente fingido, debidamente falseado, por que ella ama la vida, queriéndolo sin quererlo, el error, por que ella, la viviente, - ¡ama la vida!”(Nietzsche; 2007, 47-48) ³

El mundo es simplificado y artificial, consecuencia ineludible de la utilización de los conceptos y el lenguaje para el manejo en la vida. La creencia en que de esta forma se alcanzaba el conocimiento total del mundo aparece afirmada en la metafísica occidental que Nietzsche critica. El filósofo alemán le coloca el término ilusión (o también error o artificio) a este proceso de simplificar el mundo ya que la tradición filosófica anterior a él estaba convencida de que ese era el camino para conocer el mundo, sin distinguir el concepto de lo real, la palabra flor del objeto flor. Pero como toda buena ilusión, no permitía ver que tras ella, se ocultaba otra cosa. Un mundo de inagotables e infinitas cosas distintas, desordenadas y caóticas, que un observar preciso y detallista no podría resistir en absoluto la fantasía del concepto, la ilusión de la igualdad de las cosas.

³ Sobre la idea del error para el amor a la vida y la utilidad del error para la misma, me explayare mas adelante, quedando ahora relegada.

Entonces, como si de un juego de niños se tratara, una ilusión acarrea a otra y a otra mas, que es consecuencia de la ilusión anterior. Como veníamos expresando, el mundo para Nietzsche es caótico, no tiene un ordenamiento, ni se abstiene a leyes infranqueables y naturales.

“El carácter total de mundo es el de un caos eterno, caos no en el sentido de la falta de necesidad, sino en el de la falta de orden, estructura, forma, belleza, sabiduría, y comoquiera que llamamos a nuestras humanidades estéticas. “ (Nietzsche; 2002, 191-192)

Las “humanidades estéticas” conferidas al mundo es el intento de ver ordenado lo caótico. La metafísica occidental tradicional mediante, la línea, el número, el sistema, etc. ha conferido al mundo un orden que para Nietzsche es solo aparente. Otra ilusión más. La característica estática de los conceptos y su gran característica de simplificar lo diverso en lo igual, permiten tomar estos elementos y ponerlos en funcionamiento dentro del marco de un sistema o teoría que ordene el mundo. Ilustrando como si los conceptos fueran piezas de una maquina, y la maquina fuera el mundo, es como piensa la metafísica occidental tradicional. Estas piezas de la maquinas funcionan siempre igual, y son todas entre si iguales también. No cambian con el tiempo, ni sufren modificaciones. Gracias a ellas, gracias a las piezas, la maquina funciona ordenadamente y siempre de la misma manera, mas allá del tiempo y las modificaciones. Las cosas son como una producción en serie, una idéntica a otra. En una cadena de montaje que no sabe nada sobre diferencias, incluso se atora ante una de ellas.

Tanto en la sociología, como en la filosofía, se conocen muy bien estas analogías con lo mecánico o también con lo orgánico. En el pensamiento sociológico aparecen explícitamente en pensadores como Durkheim o Comte, y en la filosofía tenemos en Hegel un gran sistematizador idealista o el mismo Platón y su mundo armonioso de las Ideas.

Es a estos pensamientos que Nietzsche ataca, enfrente a estos mundos ordenados antropomórficamente, que se los consideraba como reales, como no antropomórficos, pero por que se olvidan o no revelaron que están encerrados en la trampa, en la ilusión del lenguaje y el concepto, máximos amigos tentadores y motivadores de inventar un orden en el mundo.

Por otro lado, el rechazo a observar el cambio y la historia en la realidad es una de las condiciones ilusorias necesarias para poder creer en el concepto. La necesidad de poner un conjunto de cosas bajo el mismo concepto obliga a dejar de ver entre ellas el cambio y la modificación que implica el paso del tiempo. Es necesaria una deshistorización, la cual en tanto deshistorización elimina en si la posibilidad de hablar de las transformaciones y cambios lógicos en el transcurrir de las épocas.

Me preguntan que es idiosincrasia en los filósofos... por ejemplo, su falta de sentido histórico, su odio a la idea misma de devenir, su egipticismo. Creen estar haciendo un honor a una cosa cuando la deshistorifican, desde el punto de vista de la eternidad, cuando hacen de ella una momia. (...) La muerte, el cambio, la vejez, igual que la procreación y el crecimiento, son para ellos objeciones, refutaciones incluso. Lo que es, no deviene; lo que deviene, no es... (Nietzsche; 2002, 57)

Los cambios son percibidos desde los sentidos, la razón no permite observar las transformaciones. Esta congela, convierte en momia a las cosas, las detiene en el tiempo, siendo faraónica, pero solo por que será momia. La lógica intrínseca del concepto no permite observar la diferencia y la modificación de las cosas. Un mundo cambiante, que siempre es distinto a lo que fué y que volverá a ser distinto en el futuro, no es el terreno indicado para crear conceptos, que de ser así quedarán vencidos en poco tiempo. La metafísica tradicional necesita como supuesto un mundo estático, que no se modifica, que es deshistorizado para poder crear un mundo ordenado por abstracciones que se olvidan del tiempo.

Si la razón es el lugar de la igualación, los sentidos son el gran lugar de la diferencia y la mirada precisa. Ningún concepto soporta ser sometido a una mirada “microscópica” de los sentidos, las diferencias saltan constantemente y se descubre enseguida el esfuerzo forzado de la abstracción por igualar lo diferente.

En resumen, las dos principales características que resaltamos y tomaremos de la crítica nietzscheana a la metafísica occidental para demostrar las ilusiones metafísicas⁴ y sus intervenciones en la vida y los procesos de racionalización son:

1. Igualación de lo no-igual, necesaria para la creación de los conceptos y uso del lenguaje como reflejo posible de la realidad.
2. Visión del mundo como cosmos.

⁴ Al hacer referencia a las “Ilusiones metafísicas” solo me referiré a las 2 descritas. Quedando así fuera de estas otras ideas metafísicas como “dios”, “alma”, “sustancia”, etc.

Desde la armonía en Platón, al aburrimiento de un mundo muy ordenado en Weber.

En el presente apartado utilizaremos la caracterización de las ilusiones metafísicas tradicional occidental desarrollada anteriormente para analizar los procesos de racionalización que describe Max Weber en sus Ensayos de Sociología de la Religión, especialmente en el Excurso, parte nuclear del nombrado libro.

Nos centraremos en tres esferas particulares las cuales Weber considera como las que más tensión acumularon entre ética fraternal y los cambios modernos y su alto nivel de racionalización. Estas 3 esferas son la esfera económica, la esfera política y la esfera intelectual.

La fraternidad de la ética religiosa chocó y estuvo en continua confrontación con los procesos de racionalización, ya que esta es opuesta en sus valores y estructuras a las características que desarrollan los procesos racionales.

La esfera económica.

Una de las características esenciales del capitalismo según Weber es la economía racional. Descrita del siguiente modo:

Economía racional equivale a empresa práctica. Se rige por precios monetarios, que se originan en la lucha de intereses entre los hombres en el mercado. Sin valoración en precios monetarios, sin aquella lucha, por tanto, no se posible cálculo alguno. *El dinero es lo más abstracto e impersonal que existen en la vida humana.* Por esta razón, a medida que el cosmos de la moderna economía capitalista racional fue siguiendo más sus propias leyes inmanente, se fue haciendo más inaccesible a cualquier relación imaginable con una ética religiosa de la fraternidad. Y todavía más aun cuanto más racional y por tanto, impersonal se hacía. (Weber; 1987, 443)

La gran particularidad de la economía racional y su elemento central que posibilita el cálculo matemático, es decir racional, es el dinero. La posibilidad de cálculo la permite el dinero al ser el elemento en común que posibilita ser el equivalente de varios objetos distintos entre sí. Es por esto que el dinero es “lo más abstracto” que hay en la vida humana.

Subyace en el dinero una lógica igual a la que describíamos cuando hablábamos de las ilusiones metafísicas. El dinero obtiene la posibilidad de ser el bien que incluye a los demás bienes por que se realiza una igualación de lo diferente, resumiéndola a valores

numéricos y calculables. Es decir, como dice Simmel el dinero posibilita “reducir valores cualitativos a otros cuantitativos” (Simmel; 1977, 558). La especificidad de cada bien en tanto elemento único y diferente a los demás es abstraída, olvidada para ser puesta a nivel del dinero, que se transforma en la expresión común de todas las diferencias.

El proceso de creación de un concepto descrito antes esta ligado a la misma lógica que la del dinero. Si para conformar un concepto es necesario igualar lo no-igual, para hacer uso del dinero es necesario olvidar los particular de cada bien resumiéndolo en el valor que obtiene el mismo en dinero, es decir, lo distinto de cada objeto deja de tomarse en consideración para formar parte de una expresión monetaria que es universal y abstracta y contiene en si todas las diferencias existentes sin serles de importancia.

El dinero, es pues, la máxima ilusión alcanzada. Es la expresión que mejor se desinteresa por lo particular. No hay diferencia para él entre una camioneta o un viaje al África, en tanto si entre si valgan lo mismo.

Recordando a Nietzsche que dice “Un concepto es una invención a la que nada corresponde exactamente, pero a la que muchas cosas se parecen.” Como antes demostrábamos, no existe para Nietzsche ningún objeto que sea igual a otro en la realidad. Mediante el observar de los sentidos ningún objeto puede ser considerado igual a otro, y la realidad es un sin fin de diferencias y particularidades. Este punto es superado y salvado con la ilusión del concepto y la igualación de lo no-igual, de la misma forma como ocurre con el dinero.

Es por esto que justamente por su carácter de olvidar diferencias, el dinero es lo mas “impersonal de la vida humana”. El dinero es igual para todos. En su función de no diferenciar y solo igualar lo dispar, tampoco reconoce en si personas ni particulares.

Por esta razón, es que choca la economía capitalista con la ética de la fraternidad. Esta última imbuida de valores y de una atención a las personas y sus particularidades no soporta el dinero por ser algo deshumanizado y despersonalizado. La ética de la fraternidad es el lugar calido de los valores y el amor, en cambio el dinero el lugar frío de la razón y el cálculo, son radicalmente incompatibles.

La esfera política

En la esfera política ocurre la misma confrontación entre la ética de la fraternidad y la racionalización del orden político.

El aparato burocrático estatal y su característico homo politicus racional, al igual que el homo economicus, cumple sus tareas, incluido el castigo de la injusticia, ejecutándolas con arreglo al sentido más ideal de las reglas racionales de la dominación política, es decir, de un modo positivo, “sin acepción de personas”, “sine ira et studio”, sin odio y por ello también sin amor.

En virtud de su despersonalización, y por mucho que parezca lo contrario, es menos accesible en puntos importantes a una moralización material que las estructuras parcarcales de pasado, que se basaban en los deberes personales de piedad y en la apreciación personal concreta del caso individual, “tomando en consideración a la persona”. (Weber; 1987, 445)

En el derecho racional del estado burocrático racional la ejecución de las reglas se cumple de modo despersonalizado, de igual modo que ocurría con el dinero. Las leyes del derecho racional no hacen diferenciación de personas y su aplicación es universal. Por esta razón, es que en esta esfera también la ética de la fraternidad va a chocar con el estado racional moderno. Mientras las estructuras anteriores sí tenían en cuenta a la persona y se “basaban en los deberes personales de piedad” era posible la introducción de valores con una presencia mucho más fuerte de lo que es posible en el estado burocrático. “El pragmatismo objetivo de la razón del estado” no se permite detenerse en casos particulares y considera a todas las cuestiones como iguales.

Como antes exponíamos para el caso del dinero, aquí también encontramos que no hay una apreciación de las diferencias y particularidades de las cosas, si no una tendencia indiscriminada a igualar lo no-igual. El tratamiento de las reglas y las sanciones en el estado es de forma despersonalizada, en donde subyace la ilusión por detrás de que en la realidad no hay diferencias.

El orden de dominación legítima que en su forma típico-ideal más extremiza este aspecto es el de la dominación legal, en su tipo más puro la dominación burocrática. Este tipo de dominación se caracteriza por que obedece no a una persona, si no a la regla estatuida.

Un aspecto entre muchos que caracterizan a este tipo de dominación es el tipo de funcionario que esta presenta, el funcionario de formación profesional.

Su administración es trabajo profesional en virtud del deber objetivo del cargo, su ideal es: disponer sine ira et studio, o sea sin la menor influencia de motivos personales y sin influencias sentimentales de ninguna clase, libre de arbitrariedad y capricho y, en particular, “sin consideración de la personalidad”, de modo estrictamente formal según reglas racionales o bien, allí donde estas fallan, según puntos de vista de conveniencia objetiva. (Weber; 2000 , 708)

Se observa en esta descripción del tipo de trabajo que debe realizar un funcionario del orden burocrático y como este debe tratar todos los casos de igual forma, salvando las diferencias y actuando de forma mecanizada y regular ante las “mismas” situaciones. Como antes describíamos en la caracterización de la metafísica occidental, no existen por tal una igualación que no sea una ilusión de la razón por sobre los sentidos.

El funcionario burocrático es una tuerca de la máquina. Acciona siempre de igual modo. No reconoce particulares, si no objetos idénticos. No se somete a los sentidos, menos a su corazón. Él es pura razón, pero por que no particulariza nada.

A su vez, la rutinización de las acciones del funcionario burocrático deviene de un intento de simplificación del mundo, de un ordenamiento del mismo que es considerado como un cosmos. Como veíamos antes con Nietzsche, la razón era el instrumento que ordena el mundo, previa realización de la primera ilusión, de que existen las cosas iguales.

El aparato burocrático funciona ante un mundo que quiere simplificar lo máximo que sea posible, tanto así, como para que sea controlable tan solo con la repetición de las mismas acciones rutinariamente. Es por esto, su carácter de despersonalizado. El aparato burocrático en su accionar mecánico no podría detenerse en las particularidades de cada caso que debe enfrentar, si no que esta obligado a olvidar las diferencias y tomar lo distinto como igual cotidianamente, sucesivamente.

El mundo burocrático es pensado como un cosmos. En donde la razón prima y el orden es el máximo anhelo. Por esto no es el lugar de lo particular, no hay lugar para los sentidos. Como antes decíamos, los sentidos son el momento de la diferencia, de la mirada particularizada, la razón de la igualación y sistematización. Es decir, no hay posibilidad de un aparato burocrático que atienda a las particularidades personales, por que no es posible en su configuración observarlas, no son contempladas, alcanzables de modo alguno.

“Sin acepción de personas, sine ira et studio, sin odio y por ello también sin amor”. Por esto, los procesos de racionalización de la esfera política son tan adversos a la ética de la fraternidad, en el estado burocrático reina el cálculo frío y racional, no hay lugar a la ética y el trato personalizado.

Como observamos, los dos procesos más fuertes de racionalización, el de la esfera política y económica, están ambos subsumidos a las ilusiones de la metafísica occidental tradicional. Las dos ideas principales de las ilusiones metafísicas, la

igualación de lo no-igual y el mundo como cosmos aparecen fuertemente por detrás de la racionalización que se dio en ambas esferas.

No hubiera sido posible un desarrollo histórico que presentase las características de la economía racional y el dinero por un lado, y del estado burocrático por otro, sin que al interior de esta no se realizaran la ilusión de la igualación de lo diferente y del ordenamiento del mundo en tanto cosmos.

La pretensión de cálculo y capacidad de previsión de las acciones que supone cada esfera, lleva intrínseca en sí la idea de un cosmos, que en tanto orden permite la predicción. La economía racional, y sus valores numéricos, permiten el ingreso de la matemática y la contabilidad racional que permiten a su vez la proyección y estimación sistemática. Por su parte, el aparato burocrático permite saber que las cosas ocurrirán de una forma rutinariamente igual, sin evitar imprevistos o particularidades propias del carácter personal de las personalidades que en ella se involucran trabajando. La acción recurrentemente igual se liga a la idea de cosmos en tanto sistema armonioso en donde las acciones ocurren atadas a leyes o sistemas de los cuales no se escapan. Los procesos de racionalización descritos por Weber se presentan como una intensificación del uso de las ilusiones de la metafísica, llegando a niveles de abstracción no alcanzados anteriormente. Las ilusiones metafísicas occidentales tradicionales permitieron lograr estos sucesos, permitiendo al hombre moderno plantearse la posibilidad de alcanzar un mundo ordenado, de conceptos y racionalidad, habiendo concebido primero la idea de la igualación y la idea de cosmos.

La esfera intelectual

En lo que respecta a la esfera intelectual podemos leer:

Pero, allí donde el conocimiento racional empírico realiza consecuentemente el desencantamiento del mundo, transformándolo en un mecanismo causal, aparece por fin la tensión contra el postulado ético de que el mundo es un universo ordenado por Dios y que, por tanto, se rige por un sentido ético. En efecto, la consideración empírica del mundo, y también la matemáticamente orientada, genera por principio el rechazo de toda consideración del mundo que pregunte por un “significado” del acontecer intramundano. (Weber; 1987, 459)

En la esfera intelectual se ve transparentemente como las ilusiones metafísicas actúan fuertemente en el “desencantamiento del mundo”. Sencillamente, las investigaciones empíricas y los cálculos matemáticos son los más imbuidos de las ilusiones metafísicas,

tanto la ciencia como la filosofía tratan con conceptos y números como si en ellos estuvieran la realidad. Sin ir más lejos, son también las creadoras de los mismos.

El pensamiento racional intelectual desnuda rápidamente las incoherencias racionales de los relatos religiosos, negando y demostrando lo irracional de sus argumentos. Así y todo el pensamiento racional no puede otorgar valores últimos, o como dice claramente Weber “jamás puede ser tarea de una ciencia empírica proporcionar normas e ideales obligatorios” (Weber; 2006,41)

Claramente, estas ideas de la igualdad y del cosmos nos parecen naturales. Pero hay que detenerse y hacer la pregunta más abismal y revolucionaria: ¿Por qué existe esto y no otra cosa? O en nuestro caso, ¿Por qué la metafísica occidental habla de concepto y cosmos y no de otra cosa, si no hay ninguna necesidad ni destino histórico para que aparezcan?

Las ilusiones: ese no se que indispensable para vivir.

Como venimos demostrando, las ilusiones metafísicas subyacen y se encuentran fuertemente e implícitamente introducidas en los procesos de racionalización ocurridos en la sociedad moderna con la aparición del capitalismo. Vale la pena remarcar y hacer notar que estos procesos son intensificados en las sociedades modernas, lo cual no es lo mismo que decir que anteriormente no existiera o no estuvieran presentes estas ilusiones metafísicas en la vida de los hombres premodernos.

Las ilusiones metafísicas son de una necesidad vital para el hombre, tanto moderno como premoderno.

Citamos a Nietzsche en extenso por que bien lo merece este párrafo:

Quien, por ejemplo, no sabía encontrar con suficiente frecuencia lo “igual”, en lo tocante a la alimentación o en lo tocante a los animales que le eran hostiles, quien, así pues, subsumía demasiado espacio, quien era demasiado precavido en la subsunción, tenía menos probabilidades de seguir viviendo que el que ante cualquier parecido daba enseguida con la igualdad. Y esta tendencia predominante a tratar lo parecido como igual, una tendencia poco lógica – pues no hay nada en sí igual -, la que ha puesto los fundamentos de la lógica. Igualmente, para que surgiese el concepto de sustancia, que es imprescindible para la lógica, aunque en el sentido más estricto no le corresponde nada real, fue necesario que durante largo tiempo lo cambiante de las cosas no fuese visto, no fuese sentido; los seres que no veían con exactitud tenían una ventaja sobre aquellos que veían todo “fluyendo”. Todo grado elevado de precaución en el inferir, toda tendencia escéptica, son ya, en sí mismos y por sí mismo, un gran peligro para la vida. No se habría conservado ningún ser vivo si no hubiese sido cultivada –hasta llegar a ser

extraordinariamente fuerte- la tendencia opuesta, la tendencia a antes afirmar que suspender el juicio, antes errar e inventar que esperar, antes aprobar que negar, antes juzgar que ser justo. (Nietzsche; 2002, 196)

Nietzsche con su estilo argumentativo feroz nos remite a un escenario de estado de naturaleza, pero bien vale para escenificar la importancia radical de las ilusiones en la vida del ser humano. Tener sentidos que no alcanzan la exploración intensa de cada objeto que se nos aparece, permite lograr engañarnos y considerar ese objeto similar a otro, que tampoco observamos con atención. Estas ilusiones aparecen para el hombre como su arma esencial, tanto como para el león su fuerza y sagacidad, son un artilugio de necesidad vital.

En lo que respecta al hombre moderno y a los procesos de racionalización en lo que este se ve involucrados como artífice y “víctima” se reconoce una situación similar a la de la descripción metafórica de Nietzsche y el hombre en el ambiente hostil de la naturaleza. Si en el hombre librado al azar de la selva, las ilusiones metafísicas eran necesarias para sobrevivir, en el hombre moderno aparecen como menos necesarias a nivel vital, de sobrevivencia, aunque siguen siendo fundamentales para poder hablar de ciertas cuestiones, como son el dinero o el estado burocrático. Los niveles de abstracciones alcanzados en nuestra época son mucho más mayores y se observa a simple vista como es igualado cotidianamente lo que es distinto entre sí, ya que vivimos en sociedades con altos niveles de objetivación y organización racional en aumento.

Los excesos no son buenos... Un mundo sin monumentos: el nihilismo en la modernidad.

La modernidad se ha quedado sin figuras para poner en los monumentos. Dios ha muerto y la razón se suicido, se dio cuenta que ella también es irracional e incluso, que esta un poco loca. Parados atónitos en el abandonado cementerio de los que fueron ídolos, poco o nada queda desde donde hacer emerger un sentido.

Esto da paso al nihilismo, la falta de valor del mundo. Nietzsche lo describe de este modo:

¿Qué ha ocurrido en realidad? Se logro el sentimiento de la falta de valor cuando se comprendió que le carácter global de la existencia no debe ser interpretado ni con el concepto de “fin”, ni con el concepto de “unidad”, ni tampoco con el concepto de “verdad”. Con ello no se logra ni alcanza nada; falta la unidad abarcadora en la pluralidad del acontecer: el carácter de la

existencia no es “verdadero”, es falso..., uno no tiene ya en absoluto fundamento ninguno para persuadirse de un mundo verdadero... (Deleuze; 2006, 75)⁵

Y en un Weber que se permitió filosofar en un párrafo, e introducir, aunque no le parezca correcto, juicios de valor y de fe, dice:

Nadie sabe quien ocupara en el futuro el estuche vacío, y si al termino de esta extraordinaria evolución surgirán profetas nuevos y se asistirá a un pujante renacimiento de antiguas ideas e ideales; o si, por el contrario, lo envolverá todo una ola de petrificación mecanizada y una convulsa lucha de todos contra todos. En este caso, los “últimos hombres” de esta fase de la civilización podrán aplicarse esta frase: “especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón: esta nulidades se imaginan haber ascendido a una nueva fase de la humanidad jamás alcanzada anteriormente. (Weber; 2006, 230-231)

El estuche quedo vacío de “unidad” “fin” “dios” “razón” “verdad” y solo quedan los últimos hombres, cooptados por la vida racionalizada y metódica, pasados por arriba por la razón, cooptados todos. No queda nada para con lo que encauzarse en la fe ciega, que si era posible en otros tiempos. Tanto Nietzsche como Weber diagnostican un mundo igual, una modernidad vacía.

Ambos coinciden en que la razón ha arrasado con el mundo, a desensualizado todo lo que era verdad. En sus ejercicios de coherencia desnudo todo lo irracional y presupuesto que sostenía la vida de pueblos enteros, el escepticismo se volvió extremo y nada pudo pasar la mirada destructora y secante de la ciencia, que ningún valor pudo y puede justificar ya.

Las ilusiones metafísicas han hecho lo suyo para enfriar el mundo. Como observamos, los procesos racionalizadores constaron en igualar lo diferente y en considerar al mundo como un orden. Extirparon toda posibilidad de observar lo distinto y mataron al detallista, no dan lugar a salirse de lo ordenado y del sistema repetitivo. Un mundo de lo de siempre y de lo mismo, es mundo que permite fácilmente aburrir, ser carente de valor, de pasión.

Una profundización de las ilusiones metafísicas ayudo a llegar a esta situación. Pero, entonces, quizás aun queda algo. Eliminar las ilusiones insertas en los modos de vida, pueda dar un respiro, dotar un poco de color todo.

⁵ El fragmento pertenece a Nietzsche, pero aparece el aforismo entero en el libro de Deleuze. El fragmento es un póstumo de 1887.

Estética, erotismo, filosofía. Lo diferente entre tanto igual: la salida al desencanto del mundo.

Sortear las ilusiones metafísicas que posibilitan la racionalización de la vida en occidente y su consecuente desencantamiento del mundo, es la vía de escape más directa y efectiva.

Si como veníamos viendo las ilusiones consisten en igualar extremadamente y ordenar la vida, introducirse en los mundos de lo diferente y desordenado será en donde reencontraremos un poco la vitalidad perdida.

El lugar en donde se admira el detalle, el tono, la particularidad, es por excelencia, el arte. El arte se presenta como el lugar de las diferencias y lo particular, no en vano la forma de Nietzsche para superar el nihilismo diagnosticado es mediante la fórmula del filósofo-artista.

El filósofo-artista es la figura en donde se expresa la voluntad de poder. La voluntad de poder es en Nietzsche el concepto que da dinamismo y construcción en el mundo destruido y estático que sigue a la muerte de Dios y de la razón. La voluntad de poder es creación, interpretación, y ante todo, dotación de sentido.

El mundo desgarrado y gris del nihilismo solo puede ser coloreado otra vez con la voluntad de poder actuando en los individuos. Es creación, vitalidad.

Mientras que el filósofo del nihilismo decadente es aquel que dirige sus esfuerzos y pensamiento en una sola dirección, el filósofo artista puede “diversificarse”, tener muchas almas, eludir la existencia fijada en una figura única y consistente. (Cragolini; 1996, 120)

El filósofo-artista es imaginación diversa. Abandonando el sentido único antiguo de los grandes relatos, es ahora diverso, de costumbres cortas y de rutinas de diarias con finales pronto. La vida del filósofo-artista es un fiel contraste con la metódica rutina del profesional asceta. El ascetismo que fue para Weber, uno de los impulsos religiosos que dio esa ética para el surgimiento del capitalismo occidental, es el mismo que llevo a una vida de racionalización, de igualación y cosmos. Mientras el filósofo-artista explora e inventa introduciendo valores y sentido, el asceta cumple religiosamente con su rutina sin nada nuevo ni diferente. Esto como sabemos, se traspaso sin el sentido religioso al hombre moderno del capitalismo occidental. Los estilos de vida que observamos en la esfera económica y política nos mostraban la preponderancia de la racionalidad

procedente de la abstracción y despersonalización en los tratos de la economía capitalista y de la burocracia estatal.

En coherencia con esto, Weber halla dos esferas que se colocan en un sentido opuesto a la racionalización: la esfera erótica y la esfera estética, ambas con fuertes raíces irracionales.

La esfera estética

En la esfera estética Weber dice:

Entonces el arte se constituye en un cosmos de valores específicos, cuya autonomía se percibe de forma cada vez más conciente. El arte adopta de algún modo la función de una redención intramundana: redención de la cotidianidad y, sobre todo, de la presión creciente del racionalismo teórico y práctico. Y esta pretensión compete directamente con la religión de salvación. Toda ética religiosa racional tiene que volverse contra esta irracional redención intramundana, pues a sus ojos aparece como un ámbito de goce irresponsable y de soterrada falta de amor. (Weber; 1987, 452)

El arte aporta “redención intramundana”. Como decíamos antes, el arte es el lugar por excelencia de la potencialización de las diferencias entre las cosas, y en donde se aprecia y se admira el matiz y el detalle. Esta esencia es contraria a las ilusiones metafísicas que buscan la igual y lo recurrente. No es posible en el arte esto o por lo menos no se ha dado aun. Es así como se gana el carácter de irracional, y por lo tal, contrario a toda ética religiosa racional. Además, el arte confiere un goce en este mundo, generando y brindando una vitalidad mundana, que no da la ética religiosa que promete un mas allá.

Por su lado, el arte en tanto juego de diferencias, matices, tonalidades es el ámbito de la formas. Para la ética religiosa, bucear y explorar en las formas es un olvido del contenido, y el contenido es Dios. A su vez, para la economía racional, las formas y las diferencias son un estorbo al no poder insertarse bajo los parámetros de igualación del dinero.

La esfera del erotismo

La otra esfera destacada por Weber, de una mas poder irracional, es la esfera del erotismo.

Citamos extensamente por que bien lo merece.

Y ello porque en tales condiciones la relación erótica parece proporcionar la cumbre irrebalsable de la pretensión amorosa: la mutua penetración de las almas. Enfrentada del modo más radical posible a todo lo pragmática, racional y universal, la inmensidad sin límites de la entrega simboliza aquí el significado, y con él la riqueza valorativa de la relación misma, se basa en la posibilidad de una comunidad que es sentida como un total hacer uno, como un desvanecimiento del “tú”, y es tan poderosa que se la explica “simbólicamente”, sacramentalmente. Precisa por esto, por que su propia vivencia no es fundamentable ni reducible a conceptos, ni comunicable por medio alguno –de ahí su afinidad con la posesión mística, no solo por la intensidad de su experiencia, sino por la realidad inmediatamente poseída- el amante se siente injertado en el núcleo de lo auténticamente viviente, que es inaccesible a todo esfuerzo racional, y se sabe sustraído tanto a las frías manos esqueléticas de las estructuras racionales como al embotamiento de la rutina cotidiana. (Weber; 1987, 456)

La relación erótica es lo más radicalmente irracional. ¿Por qué? Weber lo expresa. No es comunicable, ni reducible a conceptos. Como veíamos a un comienzo, lo reducible a conceptos es aquello que es igualable en un principio, lo que puede ser sustraído de las diferencias para hallar lo “igual”. Esto no es posible en el terreno del amor sexual. Así como el arte, el amor sexual es el lugar de los matices y grados, de la creación e imaginación.

En tanto diferencia y creatividad el erotismo sustrae inevitablemente al hombre de la cotidianidad recurrente que le da su rutina diaria, carente de creatividad y diferencias. Es así como se enfrenta lo eternamente igual de la vida racionalizada con lo eternamente nuevo y sorprendente.

Pero la ética religiosa es celosa de esta esfera irracional por excelencia. El carácter mundano y de éxtasis del erotismo, logra al igual que el arte, un sustituto del sentido dotado por Dios y sus promesas de que la satisfacción llegará, pero después, siempre después.

Entonces, no es entendible el amor sexual con las ilusiones metafísicas que desarrollamos. Este se sustrae de ellas y se desarrolla de tal forma que es imposible su racionalización, igualación y ordenamiento mediante.

Tanto el arte como el erotismo no contienen en sí un contenido profundo. Ambos son halagos a las formas y modos, no a las doctrinas ni relatos religiosos. Podríamos decir que claramente es algo superficial, pero esto no es así. “Y en esto hay que ser griegos, superficiales por profundos.” (Cragnolini; 1996, 114). Ya las profundidades las buceamos, las conocemos bien. El nihilismo o el estuche vacío de la modernidad los

vivimos. Lo superficial es a costa de la destrucción previa de todo sentido, de lo profundo, de todo ese cementerio amplio de los que fueron ídolos.

Ahora quedo un terreno de escombros, listo para la nueva construcción. Es para Nietzsche, el filósofo-artista quien debe ser el arquitecto indicado. Parado frente a un mundo que lo obliga a revivirlo, con la voluntad de poder, tiene la grande responsabilidad de devolver la vida a lo que yace moribundo. El filósofo-artista es un visitante asiduo de las esferas eróticas y estéticas de Weber. Es un ex-nihilista, un revitalizado.

Es también ante todo, un enemigo de las ilusiones metafísicas. No soporta la ciudad y su trato⁶, no se sorprende por los avances de la técnica. El filósofo-artista abunda en la creatividad y en la apreciación de las diferencias y el detalle, su mirada es calma y contemplativa.

Sin rutina, ni grandes órdenes, anda un poco desordenado. Sabiendo que si realiza su vida en un cosmos, se perderá en el sin sentido otra vez mas.

Conclusión

Como venimos desarrollando, es mas difícil encontrar en Weber que en Nietzsche posibilidades expresas a un reencuentro del sentido como posibles salidas al desencantamiento del mundo, imposibilidad aumentada por las restricciones metodológicas que se impone el propio Weber.

Por fuera de eso, justamente en el párrafo citado anteriormente de “La ética protestante y el espíritu del capitalismo” Weber dice que el estuche vacío quizá sea devuelta llenado con nuevos profetas (Weber; 2006,230-231). Lo cual significaría un regreso del encanto al mundo, pero que no sería otra cosa que una restauración de lo que pasó anteriormente. Una reconstrucción de este tipo sería volver a dotar al mundo de sentido, pero manteniendo el estuche de la religión de las épocas pasadas.

Pero, lo que buscamos destacar aquí es que Weber muestra dos esferas que tienen un gran potencial irracional que se resisten en cierto modo a la racionalización, en donde el sujeto se puede escapar y tener momentos de olvido y éxtasis del mundo. Es importante aclarar que estos lugares no son dotadores del sentido continuando con el molde del

⁶ Simmel analiza este punto y a Nietzsche especialmente bien en este párrafo perteneciente a su artículo “Las grandes urbes y la vida del espíritu”. “La atrofia de la cultura individual por la hipertrofia de la cultura objetiva es un motivo del furioso odio que los predicadores del mas extremo individualismo, Nietzsche el primero, dispensan a las grandes ciudades; por lo que precisamente son amados tan apasionadamente en las grandes ciudades, y justamente aparecen a los ojos de los urbanitas como los heraldos y salvadores de su insatisfechísimo deseo.”

estuche religioso, si no, que son esferas de transito en donde no se halla un sentido totalizador como si en las doctrinas religiosas en sus distintas formas, sino superficial y transitorio.

Aunque queden fuera de este análisis, el carisma del líder político y la comunidad de la guerra que consisten en otros dos lugares mas, en donde por el “carácter extraordinario” (Weber; 1987,447) también se encuentra sentido y respuestas a los ¿Por qué? ¿Para que? aunque también sea de modo transitorio.

Si bien en Nietzsche el optimismo y la voluntad de crear mundos es floreciente mucho mas que en Weber, no se tendría que dejar de considerar la posibilidad de tomar a ambos juntos, como una posibilidad de escape al desencanto del mundo con nuevos estuches, que no huelan a humedad ni a nostalgia por lo que fue y no volverá.

Bibliografía

- Cragolini, Monica y Kaminsky Gregorio (compiladores).1996. *Nietzsche actual e inactual*. Vol. 2. Buenos Aires: Editorial Universidad de Buenos Aires.
- Deleuze, Gilles. 2006. *Nietzsche*. 1era ed. Madrid: Arena Libros.
- Nietzsche, Friedrich. 2008. *Sobre verdad y mentira*. 1era ed. Buenos Aires: Miluno.
- Nietzsche, Friedrich. 2002. *La gaya ciencia*. 1era ed. Madrid: Edaf.
- Nietzsche, Friedrich. 2006. *El crepúsculo de los ídolos*. 2da ed. Madrid: Edaf.
- Nietzsche, Friedrich. 2007. *Más allá del bien y del mal*. 1ra ed. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Nietzsche, Friedrich. 1996. *Humano demasiado humano*. 1era ed. Madrid: Akal.
- Savater, Fernando. 2003. *Idea de Nietzsche*. 5ta ed. Barcelona: Ariel.
- Simmel, Georg. 1977. *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Weber, Max. 2006. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. 1era ed. La Plata: Terramar.
- Weber, Max. 1987. *Ensayos sobre sociología de la religión*. Tomo 1. Madrid: Taurus.
- Weber, Max. 2000. *Economía y Sociedad*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Weber, Max. 2006. *Ensayos Metodologicos*. Buenos Aires: Amorrurtu.